



Ignacio Sanz

tantas cochinadas

edicionscarena

ediciones carena © Ignacio Sanz

© ediciones carena

c/ Sovelles 7, local 8

08038 Barcelona

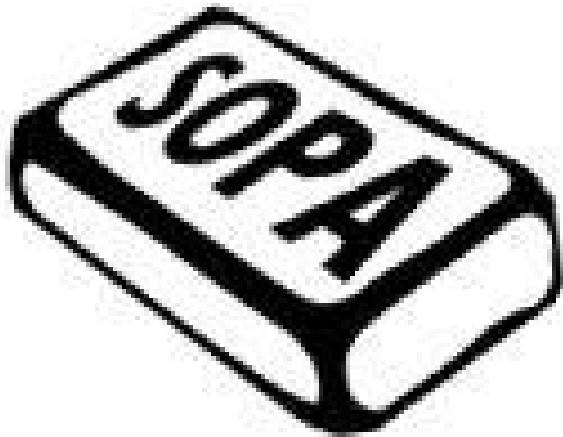
Tel 93 223 37 37

Fax 93 223 04 88

Primera edición: octubre de 2005

Ilustraciones del Epílogo dramatizado: Manuel Gómez Diseño de colección y cubierta:

www.



publicidad.com

Depósito legal

ISBN 978-84-96357-33-4

Tantas cochinadas

Ignacio Sanz

Dedicatoria explicativa

Este libro se lo dedico a Joaquín Díaz, porque en 1988 me encargó la redacción de un trabajo etnográfico sobre la matanza tradicional que se publicaría un año después firmado por Teresa Santos y por mí con el título de “La matanza del puerco” (Castilla ediciones, 2º edición, 1996). Aquel primer contacto con el animalito desencadenó una relación mutua muy apasionada, de tal manera que en 1996, publiqué un puñado de cuentos con el título de “Historias de cochinos” (Edelvives, 1ª edición). Vinieron después charlas y pregones matanceros, el monólogo estrenado en el Teatro Juan Bravo por el grupo “Treinta de abril” “El Rey de la mesa”, que se incluye aquí, relatos orales y un ramillete de letrillas para canciones porcinas escritas para El Nuevo Mester de Juglaría agrupadas en el disco. “A ti, querido cochino”. Como en las grandes novelas por entregas, la pasión continuó aunque haya atravesado inevitables momentos de tibieza. Entrego ahora “Tantas cochinadas” otra colección de cuentos entre los que intercalo alguna de aquellas letrillas;

Gracias, Joaquín, por alentar aquella primera relación concupiscente. Creo que, a falta de otro título más pomposo, involuntariamente me has convertido en el escritor más acochinado de la lengua. Confío que, a estas alturas, nadie pueda arrebatarme el título. Vivo un poco aturdido. No sé qué pensarán de todo esto los marranos.

Tanta ventana

Mi mujer me aborrece. Tenemos tres hijas hermosas, espléndidas, tres hijas de campeonato. Luci, mediana, quedó finalista en un concurso de belleza. No lo digo para presumir. En realidad yo no habría deseado que se expusiera ante tanto curioso y tanta cámara fotográfica; que, a su manera, también los ojos soban. Y, si lo cuento, es porque imagino que algún mérito me corresponde, que algo habré tenido que ver. Pero mi mujer me aborrece. Me mira y dice que le dan ganas de vomitar. Cuando poco vomita cuando cobra *mi* pensión. Y lo recalco, *mi, mi mi* pensión, fruto de muchos años de trabajo al frente del volante de un tres ejes. Ese dinero no le da asco.

Antes dormíamos en la misma habitación, ahora, ya es retorcer las cosas, me ha recluido en el cuarto de Mirian, la pequeña, que ha pasado a dormir con ella. Carolina y Luci duermen en la otra habitación. Carolina tiene pensado casarse la próxima primavera. Me ilusiona que mis hijas se casen, me ilusiona pensar en los nietos, pero me aterra quedarme a solas con mi mujer. Cuando Carolina me anunció que se casaba sentí esa alegría que se produce en cualquier padre ante un acontecimiento de ese tipo. No conozco al novio. Lo natural hubiera sido que el novio viniera a casa a formalizar la petición de mano. No soy formalista, pero creo que eso habría sido lo natural. Y tras el novio, sus padres, mis futuros consuegros. Es de buena educación. Imagino que mi mujer habrá hecho todo lo posible para evitarlo. Porque ella sí conoce al novio y a los padres; ella gobierna la casa de espaldas a mí, tratando de arrinconarme. Desde el accidente ha procurado que yo mismo me dé asco, que me resulte incómodo que me aborrezca. Pero me miro al espejo y me pregunto: ¿por qué me voy a aborrecer a mí mismo? Yo me encuentro bien, dentro de lo que cabe. No me ajustaron del todo las bielas y renqueo un poco con la pierna izquierda, pero lo demás funciona a la perfección. No me duele nada; el aparato digestivo marcha, el aparato respiratorio marcha también, el aparato reproductor no lo uso pero sé que funciona. De modo que, salvo esos pequeños achaques, me encuentro bien por más que eso le disgusta a mi mujer, que me afea cualquier intento de salir de casa, aunque no sea más que ahí abajo, donde Pepe, a echar la partida. Tampoco quiero dedicarme a correr el mundo. Me conformaría con echar la partida todas las tardes.

Estoy cansado de mirar por la ventana, de rumiar penas, de hacer solitarios en la habitación, estoy cansado de hacerme trampas a mí mismo, de ganarme siempre, aunque luego me quede en la boca, con esta enorme boca, un regusto a derrota que no lo tenía ni cuando el más tonto del barrio me ganaba al mus.

Yo ya no soy el mismo Epifanio Marugán que me pasaba los días ufano al frente de un volante tragando kilómetros, con una foto de mis cuatro mujeres en el parabrisas que, con sólo mirarla, se me disipaba el cansancio. Yo no soy Epifanio Marugán. No me conozco, no sé quién soy porque, de haber sido aquel Epifanio Marugán, le habría dicho a mi mujer cuatro palabras bien dichas. ¿Cuatro? Acaso sean muchas. Con dos, mejor, con una habría tenido bastante. Pero no le respondí, me callé cuando me dijo: ¿No pensarás asistir a la boda de Carolina? Me callé porque, en realidad, no me hacía una pregunta, lo que me estaba diciendo no era ¿piensas ir?, o ¿piensas no ir? Lo que me estaba diciendo era: no pensarás asistir a la boda, no se te pasará por la cabeza, por tu cabeza, por esa cabeza un poco locura semejante. Si yo le hubiera dicho: pues claro que pienso ir a la boda, al fin y al cabo es natural que un padre asista a la boda de su hija. Y si me apuras no sólo es natural asistir a la boda, lo natural lo previsible sería apadrinarla. Es mi hija mayor. He tenido la suerte de superar un accidente mortal por necesidad, como dijo el doctor Vázquez. Semanas y semanas entre la vida y la muerte, encerrado en un hospital, pendiendo de un hilo de telaraña, sometido a operaciones arriesgadas, a experimentos. ¿cómo consigo superarlo todo ¿para qué? Para que ahora se case mi hija mayor y yo me quede encerrado rumiando penas y mirando por la ventana... para eso habría sido mejor quedarme aquel día estropeado

en la carretera, hecho un guiñapo, como cualquiera de los miles de mosquitos que durante el verano quedaban pegados al parabris del camión. Pero me callé. No dije nada. Llevo más de un año aceptando, asintiendo como un bicho raro, como un perro. Qué digo como un perro. Ya quisiera yo. Los perros reciben caricias, a los perros se les saca de paseo, a los perros no se les encierra como apestados. Así me siento yo, como un tiñoso con buena salud, como un apestado. Provoco el mismo rechazo. Antes del accidente mis hijas me besaban cada noche al llegar a casa. Sobre todo Mirian, pequeña, tan cariñosa, tan impulsiva, que de un brinco se me quedaba enganchada en el cuello. Ahora me mira con recelo, como si yo fuera el responsable de haberla usurpado la habitación, me mira como soslayo, como si temiera que sus ojos se encontraran con los míos; da con los nudillos en la habitación antes de abrir, asoma la cabeza y dice: hola, papá, y se marcha sin dar lugar, no ya a una conversación ni siquiera a un intercambio de saludos; hola, papá, eso es todo. No ha vuelto a besarme ninguna. Le repele mi aspecto. Pero la única responsable de mi aspecto es mi mujer; ella autorizó el transplante. Yo sólo recuerdo mi pánico cuando vi que los frenos fallaban y que el camión, por la inercia de la carga y de la pendiente abajo, se había puesto a cien y el intento desesperado de echar el freno con la mano y de salvar la curva, todo al mismo tiempo. Y luego el abismo del río a los pies del alcázar, unos veinte metros en picado; de lo demás, de lo que vino después, no recuerdo nada; lo que sé, lo poco que sé, es porque me lo ha contado mi mujer, o el doctor Vázquez, o las enfermeras.

Para empezar, yo pensaba que los trasplantes los hacían en Madrid o en Barcelona. Cómo me iba a imaginar que en un hospital pequeño, de una provincia pequeña, las innovaciones estaban tan adelantadas. De todo eso me enteré más tarde, cuando el doctor Vázquez me fue poniendo al corriente. —Es consecuencia de las autonomías. Cada provincia se especializa en una rama puntera de medicina, en función de sus recursos, de la formación de sus facultativos y de sus disponibilidades. Tú, Epifanio, sabes mejor que nadie, que Segovia es una provincia situada en la vanguardia del desarrollo integral del sector porcino, que no en balde te has dedicado a repartir pienso por las navas de toda la provincia. El desarrollo integral, Epifanio, no consiste tan sólo en obtener el máximo rendimiento económico en las explotaciones; va más allá, mucho más allá; trata de aprovechar los recursos, explorar las posibilidades genéticas. Todo un mundo por descubrir. Por eso, a nuestro hospital, le asignaron un laboratorio con tecnología avanzada para trasplantes porcinos. Yo soy médico y biólogo al mismo tiempo. Habrás oído cuarenta veces que la carne de cerdo es semejante a la carne humana, la más semejante, la que más similitudes presenta. Por ello se viene aprovechando desde hace muchos años para transplantar hígados, riñones, corazones, córneas... En España hay más de treinta mil personas circulando despreocupadamente por las calles que viven gracias a los trasplantes de cerdo. Si no fuera por este animal ya estarían criando malvas. Pero la inquietud de cualquier investigador es llegar más lejos, abrir nuevas vías, encarar nuevos retos...

De modo que yo soy una consecuencia de los desvelos e investigaciones del doctor Vázquez. Con el visto bueno de mi mujer. Porque ella firmó la autorización.

—Tal como está, no vivirá mucho. Es imposible que pueda vivir. Le estamos manteniendo la respiración de manera artificial —algo así le diría el doctor.

—¿Y no hay solución posible? —preguntaría descorazonada mi mujer.

—La verdad, sólo veo una muy remota —le diría con escepticismo el doctor. Y no exenta de riesgo.

—No importa —respondería mi mujer.

—Se trata de un trasplante. Pero necesito su autorización para intervenir.

—Cuenta usted con ella —le diría mi mujer.

Y no se lo reprocho. Supongo que yo habría hecho lo mismo.

El doctor Vázquez extendería un folio lleno de letras pequeñas y le diría:

—Léaselo antes de firmar.

Pero ella le echaría una ojeada por encima y listo. También yo habría actuado así. No te vas

entretener leyendo las cláusulas con lupa. La muerte o la vida. Cada segundo que pasa es un segundo menos y tu marido agoniza con la cabeza destrozada y el cuerpo hecho un cirineo. Así que, lo normal es que te agarres al único clavo ardiendo que te ofrecen.

Y a partir de ese momento quedé a disposición del doctor Vázquez. Se ha cebado conmigo. Él ha sido el último responsable. Lo he leído en el expediente que abrieron con mi caso, dos carpetas llenas de informes y papelotes. Supongo cómo sería el resto: un doctor auxiliar iría al criadero del laboratorio y elegiría un ejemplar de tres o cuatro meses que no fuera malcarado. Pero por poco malcarado que sea por muchas correcciones faciales que se le hagan, un cochino es siempre un cochino. Y a partir de ahí, dos mesas de operaciones, dos equipos de anestesistas, dos equipos de cirujanos y dos cabezas cortadas de sus cuerpos. Primero me adaptarían esta testa al cuerpo, unirían venas y tráqueas, coserían las pieles y, casi de inmediato, lo más delicado, el cambio de sesada. Porque ahí, en el seso, radica la materia gris que es como llaman a la memoria y a la capacidad de pensar, de sentir y de relacionar las cosas.

¿Qué habrán hecho con mi cabeza? Imagino que no se la pondrían al cochino para salvarle la vida. Cochinos hay a montones; una marrana pare veintitantos cada año. Nunca me atreví a preguntar por mi cabeza. Me da repelús pensar que esté pegada al cuerpo del cerdo y que aquel paladar tan refinado esté obligado a engullir ahora piensos compuestos y sobras de comidas en un pesebre.

Tras la operación pasé tres meses inconsciente, en el filo de la navaja, entre la vida y la muerte, en un largo viaje por el vacío, navegando por un cielo blanco; y, cuando aterricé, es decir, cuando recuperé la consciencia, lo primero que percibí fue este morro alargado y estas enormes orejas. Mis manos eran mis viejas manos, mis piernas eran mis viejas piernas, mi tronco era mi antiguo tronco achacoso como el camionero tendido sobre la cama del hospital, pero mi cabeza era la del gocho. Salvo la sesada. Me había ido acostumbrando a ella. Qué remedio. Tampoco pesa tanto. Me han realizado tres liposucciones para aligerar la grasa del cabezón. Lo que peor llevo es pronunciar palabras; con una lengua tan alargada me parece que tengo un pato borracho chapoteando en la boca. En el hospital me pusieron un profesor. Pasamos las primeras semanas practicando monosílabos: sí, no, paz, pez, tú, yo, sol, sal, dos, tres, como los niños en el parvulario. Y con dificultad. Pero me quedé atrancado al llegar a las palabras bisílabas. Así que cuando intento decir una frase seguida, me parece que he puesto a un niño a aprender a andar sobre una pista de hielo. La lengua se me resbala. De modo que en vez de hablar escribo. Le he cogido gusto a la escritura. Mi caligrafía ha ganado mucho en claridad y en perfección. Por lo demás, creo que tengo un cuerpo bien conjuntado, una mente ágil y una cabeza pesada.

A los seis meses de la operación, el doctor Vázquez me pidió permiso para llevarme a Chicago. Se celebraba un congreso internacional de transplantes. Supongo que fue todo una pantomima. A lo largo del permiso, me refiero.

—Bueno —acepté.

Hasta me hizo ilusión. Quién me lo iba a decir, pensé, un repartidor de pienso convertido en turista internacional. Porque, con un poco de suerte, a partir de ese momento, recorrería el mundo como un congreso en congreso, como ejemplo de los avances de la medicina.

Pero el viaje a Chicago resultó un fiasco. Era mi primera salida a la calle, mi primer contacto con el mundo después del accidente. Mi mujer, cómo no, también se sumó al viaje. Ella le sugirió al doctor que me vendaran la cabeza para no quedar expuesto a la curiosidad de la gente; le dijo que iríamos en una ambulancia y me embarcaban sin pasar por los corredores del aeropuerto. También exigió unas cortinillas en el avión que me aislaran del resto de los pasajeros. El doctor Vázquez accedió a las peticiones de mi mujer sin consultarme, como si yo no fuera nadie. Por eso digo que lo de pedirme permiso fue una pantomima. Al llegar a Chicago me recluyeron en una residencia apartada con un inmenso jardín arbolado. Mucho lujo y confort. Fui expuesto a la curiosidad de los equipos médicos de medio mundo. Observaban con detenimiento las cicatrices del cuello, algunas

hacían comentarios escuetos en lenguas incomprensibles y reprimían, lo sé, un atisbo de risa. Pero de aquella residencia no pude salir. El doctor Vázquez me lo prohibió por miedo a no sé qué tipo de infecciones. Ni un paseo siquiera por los alrededores. Así que, tras la ronda de los doctores, mi mujer escapaba de compras para gastar la abultada bolsa de viaje que le ofrecieron unos laboratorios por aceptar mi exposición. La mía. Y mientras tanto, yo mirando por la ventana, como en el hospital como ahora en casa, sin poder salir, encerrado como un preso, siempre tragando ventanas. Pensé que la boda de mi hija podría ser la disculpa idónea para traspasar la barrera. ¿Cuándo si no? El día de carnaval también sería una buena fecha para pasar desapercibido. Pero ella me aborrece, cobra pensión, pero me aborrece. Así que me he negado a asistir a otros congresos. Para qué. Estoy harto de ventanas, estoy harto de arrastrar estos grilletes que me pusieron en los pies y que me encadenan a la habitación. No creo que mi aspecto sea tan repelente. La cabeza es una parte mínima del cuerpo. Me observo en el espejo del armario y me encuentro aceptable. Además, el aspecto externo equivale a la cáscara de la fruta. Lo que cuenta es el interior, la pulpa, los sentimientos, las emociones. Pero a ella eso no le importa nada. No siquiera me permite bajar al bar de Pepe sabiendo lo que me gusta el músico. Además, “envido”, “quiero”, “treinta” y “mús” son palabras que, de tanto practicar, puedo decir las de corrido.

Matar en Madrid

Mi madre tuvo la culpa, ella se empeñó en hacer la matanza a pesar de los reparos iniciales de mi padre que sabía el escándalo que arma un cochino cuando lo llevan a la toza para clavarle el cuchillo. Nosotros, mi hermana y yo, quiero decir, dudábamos de qué parte ponernos y, a ratos, estábamos con mi padre y, a ratos, con mi madre. Por un lado teníamos ilusión en hacer la matanza para demostrar quiénes éramos a toda esa gente de alto copete que nos miran por encima del hombro cuando pasamos por delante de nuestra casa, que más que una casa es un cubil más pequeño que una caseta de guardamelonos. Así que, por un lado, nos hacía ilusión decirles a todos estos señoritos atildados: ¿Pero qué os habéis creído vosotros? ¿Que somos de pueblo? ¡Pues claro que sí! ¡Y ahora os vais a enterar de lo que sabemos hacer la gente de pueblo! Pero, por otro, compartíamos los reparos iniciales de mi padre y, como él, temíamos las consecuencias que podría acarrear la muerte de un cochino en el patio de una casa de gente bien en el barrio más distinguido de Madrid, de la que él era tan sólo el portero. Habíamos llegado dos años antes desde el pueblo y aquellas tres o cuatro vueltas de chorizo que mi madre enviaba por Navidad la tía Sabina nos sabían a poco. Y acostumbrados al chorizo del pueblo, el que se vendían en Madrid nos parecía fabricado con flecos de estropajo. Mascabas y mascabas y los nervios resultaban irreductibles.

De modo que mi madre tuvo la culpa porque, al final, como casi siempre en casa, se impuso su criterio, es decir que dijo que por qué nos íbamos a privar de comer un chorizo como Dios manda adobado en casa, con su punto de sal, de pimentón, de ajo y de orégano ajustado a nuestro paladar. Así que mi padre no tuvo más remedio que comenzar con los preparativos de la matanza, como en los viejos tiempos del pueblo.

Lo primero que hizo, por supuesto, fue pedir permiso al presidente de la comunidad, el señor Arjona, que era, además, director general de una gran empresa.

—Señor Arjona, señor Arjona —lo abordó mi padre una mañana cuando salía portando su enorme cartera, con el paso ligero, hacia la calle donde le esperaba el conductor que lo trasladaba cada día a su oficina—, quiero solicitar su permiso para sacrificar un guarro porque este año dice mi mujer... Pero el señor Arjona, que no debía de saber de lo que hablaba mi padre, que tendría la cabeza en otra parte y que, además, llevaba mucha prisa, como siempre que iba al trabajo, le cortó bruscamente: —Muy bien, Cecilio, muy bien, ya sabe que tiene nuestra confianza, haga usted lo que le parezca oportuno —le dijo, como si quisiera quitárselo de encima.

Así que, para su propia sorpresa, mi padre había superado el primer escollo sin esfuerzo ninguno.

El segundo paso fue hablar con Luis Enrique Salinas, del quinto derecha, que estudiaba cuarto de Veterinaria, para que hiciera el análisis de la carne, por lo de la triquinosis.

A Luis Enrique le hizo mucha ilusión que le encargaran un cometido profesional sin haber acabado su carrera.

—Eso está hecho, Cecilio —dijo muy orgulloso—, por mi parte encantado de poder echarle una mano. Así que una vez resueltas esas cuestiones tan espinosas, lo único que tuvo que hacer mi padre fue llamar por teléfono a tío Félix, el de la tía Sabina para que le comprara un cerdo pequeño y para que Lucinio, que todas las semanas venía a Madrid, se lo trajera en un hueco de la caja del camión en el que transportaba la madera.

Mi madre, en la cocina, fue preparando todos los belezos: barreños, peroles, cazuelas...

Para empezar las cosas a torcerse, Lucinio se presentó en casa un viernes por la tarde, en vez de sábado por la mañana como se había convenido. Supimos que había adelantado el viaje porque al día siguiente tenía boda. Dejó el camión en doble fila obligando a los autobuses, que no dejaban de pitar, salirse de su carril.

—Venga, Cecilio, hazte cargo del animal, que corro mucho riesgo —llegó acuciando a casa.

—¿Y dónde lo meto esta noche? —preguntó mi padre ante la repentina sorpresa. Un marrano no es un grillo, que entra en una caja de cerillas.

—Eso, tú sabrás, pero alíviame pronto la carga que arriesgo mucho si me pillan los guardias con el animal y sin la guía veterinaria, que me la cargo, que es un riesgo viajar con un bicho así, que bien sabes tú lo achuchada que está la vida.

Quedó mi padre dando vueltas en su cabeza, buscando el lugar más idóneo para que el animal pasara la noche, cuando mi hermana apuntó:

—La carbonera, puede pasar la noche en la carbonera.

Salimos todos a la calle y vimos que sobresalía una cuarta del lomo por encima de la caja del camión. Mi padre, al verlo, se asustó:

—Le dije a Félix que no tuviera más de ocho o nueve arrobas. ¿Dónde voy yo con un bicho así? Parece un cochino gigante — comentó mi padre asombrado.

—Ya sabes que en el pueblo vale lo mismo un marrano de cien que una criona de doscientos. Pero no me vengas con enredos, Cecilio; a mí ¿qué me cuentas? Anda, descárgalo pronto, que si me pillan los guardias, me empapelan —le acuciaba a mi padre.

La marrana, porque se trataba de una marrana criona que habría traído más de cuarenta o cincuenta cochinitos al mundo, pesaba por lo menos dieciocho arrobas y allí, en plena calle, con las tiendas todavía abiertas y aquel trasiego de gente, era un riesgo bajarla del camión y meterla en casa.

Menos mal que a Lucinio se le ocurrió colocar tres tablones de los que transportaba a modo de rampa para que pudiera bajar por allí. Aún así costó mucho convencerla. ¡Qué terquedad! Y lo peor fue meterla en el portal. Se nos escapaba acera arriba y acera abajo, creando un pánico absurdo entre la gente. ¡Ni que fuera un león!, pensaba yo. Más de diez minutos nos tuvo enredados de un lado para otro entre transeúntes asustados, como si quisiera aprovechar su presencia fugaz en Madrid para vender escaparates. En uno de sus paseos llegó hasta la boca del metro. Creo que las escaleras le daban vértigo y le hicieron retroceder. ¡Lo que pudimos sudar hasta que logramos meterla en el portal! Una vez dentro lo primero que hizo nada más pisar con las pezuñas la alfombra persa, fue descargar el vientre. Se ve que al sentir las patas mullidas se le vinieron las ganas. ¡Qué vientre más grande debió tener! Mi padre juraba como en sus buenos tiempos del pueblo cuando los machos le hacían patar. Pero todos respiramos cuando vimos a Lucinio arrancar el camión. ¡Por fin!, dijimos, porque encinados de no dominar la marrana tuvimos que aguantarlo todo el tiempo: daros prisa en meterlo, que me voy a empapelar. ¡Como si el animalito fuera un niño de teta!

—Bueno, ya está aquí —dijo mi madre victoriosa—, si se ensucia que se ensucie, ya lo limpiaré. Además será la penúltima vez que lo haga. Mañana estará pingado.

A la derecha del portal había un espejo alargado que lo recorría. En mala hora se vio la marrana en el espejo porque, tras los primeros recelos, al verse reflejada detrás, se fue acercando, primero con algún sigilo y luego con desconfianza manifiesta y después con ímpetu de toro bravo, como si desafiara a la otra marrana, de modo que el espejo cayó hecho añicos contra el suelo.

—¡La madre que la parió! —renegaba mi padre.

—Bueno, bueno, ya lo recogeremos —trataba de quitar hierro mi madre.

—Ahora, a la carbonera —acuciaba mi hermana.

La carbonera estaba situada en el sótano, junto a las calderas. ¡Qué fácil se dicen las cosas! “A la carbonera”. Cuando conseguimos llevar la marrana hasta el arranque de la escalera, debió de parecerse a que aquello era una sima insondable porque enseguida reculó como si barruntara algo turbio por ahí abajo.

Doña Flor Mendoza es la vecina más refinolis y casquivana de toda la casa. Se parece a las modelos de pasarela de alta costura; anda con el mismo dengue de caderas pero con una cuarta y media menos.

con treinta y tantos años más. Venía, como todas las tardes, de pasear el perro, un chucho pequinero, refunfuñón y malcarado que descargaba la vejiga en Goya, esquina Velázquez. Quizá por eso también el chucho tenía aires de aristócrata. Cuando doña Flor vio a nuestra cochina compuso un gesto de contrariedad como si tuviera los labios escocidos.

—Pero Ceci —dijo con una mueca avinagrada— ¿Esto qué es? Como si no estuviera ella harta de saberlo: “¿Esto qué es?”, insistía componiendo un gesto despectivo.

Hay que fastidiarse con la gente finolis.

—¡La torre inclinada de Pisa! —dijo mi padre que ya no podía más con tanta marrana, con tanto Lucinio, con tanto vientre descargado, con tanto espejo roto y con tanta doña Flor Mendoza metiendo las narices en nuestra vida—, ¡esto es la torre inclinada de Pisa!

Porque mi padre, cuando no sabe explicarse las cosas raras que suceden en el mundo, como las guerras, los atentados o los secuestros, siempre dice que eso es la torre inclinada de Pisa.

—¡Esto es una guarrada! —protestó ella— ¡Una verdadera guarrada! ¿A quién se le ocurre meter un bicho maloliente en casa?

La gente es así. Te pasas dos años aguantando su perro sin decir ni una palabra y ellos no pueden por unas horas aguantar tu cochino.

—¡Que la Santísima Virgen del Henar me valga! —oí que suspiraba mi madre por lo bajo.

—¡Protestaré al presidente de la comunidad! —nos amenazó.

—Guito, guito, guito —decía yo, como si no la escuchara, tratando de llevar otra vez la marrana hacia la escalera.

Tras más de media hora de intentos vanos, con una sudadera de aúpa, y de que desfilaran por allí más de diez vecinos para ver si era verdad, como había dicho escandalizada doña Flor, que los porteros tenían una marrana en el portal emporcándolo todo, pues tras de todo eso, mi padre se dio por vencido y dijo que era imposible convencer al animal para que bajara por la escalera.

—Ya te dije yo —le reprochaba a mi madre su viejo entusiasmo— que un cochino en Madrid nos iba a traer muchos problemas. Ya me dirás qué hacemos ahora.

—Pues que duerma en el patio; por una noche tampoco es para tanto —repuso ella dando por descartada la carbonera.

El patio de la casa estaba al nivel del portal. Los vecinos ya habían protestado bastante como para que nos importasen sus críticas; así que metimos a la marrana en el patio, cerramos la puerta, limpiamos las porquerías que había ido dejando desperdigadas por el portal, nos lavamos las manos que nos olían a puerco gorrino de tanto empujarle los jamones y cuando ya nos disponíamos a cenar golpearon con los nudillos en la puerta. Porque ésa es otra, todas las casas tienen dos timbres, una para la puerta de servicio y otra para la principal, pero la portería no; para llamar a nuestra casa hay que usar los nudillos.

Salió mi padre a abrir. Era el presidente de la comunidad, el señor Arjona.

—Buena noches.

—Buena noches —respondió mi padre.

—¿Es verdad, Cecilio, que ha metido un cerdo en el patio de la casa?

—Si señor, es verdad, —dijo mi padre.

—Pero, hombre, Cecilio, eso no puede ser. ¿No querrá convertir esta casa en una pocilga?

—Es sólo por esta noche, señor Arjona: mañana lo matamos.

—¡Cómo! —exclamó escandalizado ¿Es que piensa usted matar un cochino?

—Sí señor. Le pedí permiso a usted hace unos días por la mañana ¿no se acuerda? Usted me dijo que sí, y como usted me dijo que sí, yo le pedí el cochino a mi cuñado el del pueblo, y el cochino me llegó esta tarde, con unas horas de antelación, lo reconozco, y mañana lo matamos para que ya no vuelva a dar guerra.

El señor Arjona parecía aturdido con la explicación de mi padre, e intentaba recordar el momento en que le dije que sí sin percatarse de lo que decía. Eso le ocurre con frecuencia a la gente importante.

—Pero eso no puede ser, Cecilio. ¿Cómo va a matar usted un cochino?

—Con el cuchillo, así los he matado siempre —dio dos pasos atrás y agarró el cuchillo que Lucino había traído también junto a otros trastos de matar—, con este —dijo. Y se lo entregó al señor Arjona por la empuñadura.

El señor Arjona miraba desconcertado aquella hoja alargada de hierro, como si él no quisiera tener nada que ver con el crimen.

—Entonces —volvió a insistir— ¿yo le di permiso?

—Sí señor, hace unos días, por la mañana, cuando iba usted a su trabajo.

—Está bien, está bien, pero es que todos los vecinos se me han echado encima. ¡Y con razón! —dijo, apesadumbrado, como si su empresa estuviera a punto de irse a la quiebra.

—No se preocupe, un día se pasa enseguida —le animó mi padre.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—No faltaba más —dijo mi padre.

Salimos los tres; yo me adelanté para dar la luz del patio; el señor Arjona, al ver la marrana a través de la puerta acristalada se asustó:

—¡Parece un caballo!

Yo creo que el señor Arjona no había visto un cerdo de verdad en su vida.

—Sí —dije yo por no contrariarle—, un caballito cebón y con las patas cortas, un poni.

Entonces vimos que el suelo del patio estaba regado de restos de comida que los chicos habían tirado desde las ventanas para alimentarlo. Los chicos de Madrid son así de inconsecuentes, no saben que un animal que va a ser sacrificado no debe comer nada el día antes de morir para que tenga el vientre más limpio posible. Mi padre se sulfuró.

—¡Hay que ver cómo han puesto el patio estos mocosos!

Y, de repente, como si saliera de su abstracción, el señor Arjona dijo:

—No puede ser, Cecilio; usted no puede matar ese cochino, yo no lo puedo consentir. Hágase cargo en Madrid los cochinos se matan en el matadero, pero no en el patio de una respetable casa de vecinos situada en un barrio distinguido. De ninguna manera.

—¿Cómo que no puede ser? —preguntó mi padre perdido.

—Pues eso, Cecilio, que no puede ser —dijo tajantemente, con el mismo tono de mando, con la misma resolución autoritaria que debía de emplear en su empresa para meter en brega a tantos y tantos empleados.

—Pero si fue precisamente usted el que me autorizó.

—Lo sé, lo sé —cortó el señor Arjona en seco— pero incurriríamos en una conculcación manifiesta de la ley.

—¿Una conculcación manifiesta de la ley? —repitió mi padre lentamente, como si saboreara un caramelo amargo—. Mire, señor Arjona que yo no entiendo de leyes, en mi pueblo cada cual, cuando llega el tiempo, mata su cochino, lo sazona, lo cura, se lo come y santas pascuas. Y yo traje ese cochino porque usted me autorizó —volvió a insistir mi padre.

—Será indemnizado, Cecilio. No debe usted preocuparse por el dinero, porque será indemnizado; la casa asumirá una parte de los gastos. Pero sepa que aquí no se puede matar.

—Si ya lo tengo todo preparado —comentó mi padre—; además, ¿Qué hacemos ahora con el cochino?

—Esta misma noche vendrán los empleados del matadero municipal y cargarán con él. No se preocupe por ese pormenor. Ya están avisados.

—No, si a mí ahora lo que me preocupa no es el marrano. Se va a poner buena mi mujer cuando entere —fue el comentario que hizo mi padre, aceptando la fatalidad del destino.

Una hora más tarde vinieron unos tipos fornidos y ventrudos y se llevaron la marrana sin ningún miramiento. Se veía que estaban hechos al trato con los animales. La cerda gruñó todo lo que quiso como si ya la estuvieran matando; con los gruñidos se alertaron de nuevo los vecinos que bajaron a contemplar la escena. Doña Flor y su perro en primera fila, como una generala victoriosa y haciendo gestos de repugnancia, por supuesto.

Para entonces mi madre ya había llorado lo suyo llena de rabia en la cocina.

—Si es que no te sabes imponer —le reprochaba a mi padre—, eso es lo que pasa, Cecilio, que no sabes imponer, eres un títere de quien todos se ríen.

—Ya te dije yo —se defendía él.

Pero mi madre, entre lágrimas y jimplidos volvía a la carga contra él:

—¡Calzonazos! Todos los días se cometen varios asesinatos en Madrid y tú no eres capaz de matar un triste marrano.

Luis Enrique Lejona, que vino esa noche a altas horas, se llevó un chasco a la mañana siguiente cuando supo que ya no eran precisos sus servicios contra la triquinosis. También se llevaron cierta decepción los porteros de las fincas vecinas a los que mi padre había solicitado ayuda para la hora del sacrificio.

—¡Claro! —me dijo el del 46 cuando lo fui a avisar—; si fuera tan fácil matar en Madrid, todos haríamos matanza.

Aquel año, sobró pimentón en casa a tutiplén, a pesar de que mi madre, tan ahorrativa, para evitar que se le enranciara, cargaba sin tino la cuchara cada vez que lo ponía. Y lo ponía en todas las comidas. Para aprovechar, decía. Creo que desde entonces le tengo alergia al pimentón.

Así fue como supe que tenía que ir acostumbrando el paladar a los flecos de estropajo que meten en los chorizos industriales.

—La vida es Madrid es muy dura —reflexionaba mi padre al hilo de la catástrofe.

Desde entonces, qué remedio, lo de matar en Madrid no se nos ha vuelto a pasar por la cabeza.

Un juez de Teruel

Me divorcié hace dos años, después de sufrir lo indecible. Mejor no recordar ahora aquel calvario. La vida de un divorciado resulta paradójica; a veces, en medio del bienestar por la nueva situación uno echa de menos el infierno del que ha salido huyendo. Y es que la rutina actúa como un veneno adictivo. Aunque, en realidad, lo que supongo que de verdad echaba de menos era la compañía de mi hija. La vi crecer e ilusionarse cada día y yo mismo me ilusioné y crecí como padre junto a ella. Algo me desgarró fue verme alejado de su risa, de su inocencia, de sus incertidumbres; sentir que el papel de padre se desvanecía con la distancia a que obligan los jueces. Total, dos fines de semana cada mes en los que uno trata de recuperar el pulso de la paternidad que, poco a poco, se va difuminando. Así que, ante la soledad, uno incurre en nuevas relaciones, busca encuentros que lo liberen de la monotonía en la que nos vemos sumergidos los divorciados. Concebimos en nuestra cabeza historias con final feliz cada vez que una mujer hermosa se cruza en nuestro camino. Lo que ocurre es que, a poco que uno indaga, descubre con decepción que casi todas esas mujeres hermosas viven felices con sus maridos y con sus hijos, es decir que ya están comprometidas. Y entonces uno se cerciora con dolor que lo difícil que resulta abrirse camino, a pesar de la ligereza con la que los viejos amigos y los compañeros de trabajo aluden a eso de rehacer la vida, casi siempre en tono compasivo. En fin, dos años después de mi divorcio, conocí a una mujer capaz de ilusionarme. Nines es tímida como una adolescente. Por eso me extremé en los detalles de los primeros encuentros, intentando atajar cualquier improvisación. Tras esos primeros tanteos en lugares neutros consideré que había llegado el momento culminante de invitarla a casa y de presentarla a mi hija. Olga tiene catorce años y, como cualquier adolescente, atraviesa una etapa conflictiva que, en su caso, se acentúa por las frías relaciones que mantenemos su madre y yo.

—Va a venir a comer una amiga con la que estoy saliendo —le adelanté a Olga—. Espero que estés a la altura de las circunstancias y te comportes como una persona madura.

—¿También está divorciada? —fue lo primero que me preguntó.

—Bueno, sí —acepté—, pero eso ¿qué importa? Lo que quiero recalcarte es que sepas estar, que me des la nota. Ya eres mayor y confío en ti.

—Si soy mayor ¿por qué no me dejas llegar más tarde por las noches? —me preguntó en actitud de revancha.

—Eso es otra cosa, Olga; quiero decir que espero que sepas comportarte, guardar las formas para que Nines se lleve una buena impresión de mi familia. De momento tú y yo formamos una familia. ¿Lo sabías?

—Pero sólo cada quince días —trató de restar peso a mi afirmación.

—Sí, sólo cada quince días —acepté—, pero una familia, al fin.

Me ayudó a poner la mesa, pero actuaba con cierta displicencia premeditada lanzando los cubiertos cada vez de colocarlos, como si, una vez más, la desgana se hubiera apoderado de su voluntad.

—¿Ya habéis mantenido relaciones prematrimoniales? —me preguntó de pronto.

—¡Por Dios!, Olga, ¿pero qué intemperancias son esas? ¡No seas insolente!

Eso fue sólo el principio. Supongo que quería provocar. Durante la comida, entre plato y plato, sacó una pastilla de chicle del bolsillo y estuvo masticando de manera ostensible como si deseaba ridiculizarme ante Nines, como si nos quisiera intimidar con su actitud chulesca. Tuve que advertirle que evitara los ruidos y que retirase el zapato del asiento de la silla. Y todo ello, procurando no perder la calma ante Nines que se mostró comprensiva por más que, ante cualquier intento de diálogo, Olga se limitase a responder con monosílabos cortantes. Tras el segundo plato, me fui a la cocina a por una bandeja de pasteles que había comprado para el postre. Se habían quedado las dos sobre la mesa, un

frente a otra, como dos desconocidas. Fue entonces, a la vuelta, cuando le grité irritado:

—¡Guarra, más que guarra! ¿No te da vergüenza?

Acaso me excedí, lo reconozco, pero llevaba buena parte de la mañana templando los nervios y ya no pude más. Y es que Olga no se conformaba con hurgarse la nariz como tantas otras veces en que me afeé ese hábito infantil y repugnante; en esta ocasión lo había llevado más lejos: pretendía hacer un hilo con aquella bolita asquerosa sin ningún comedimiento, ante la mirada escandalizada de Nines. Así que la provocación me salió desde lo más profundo.

—¡Guarra, más que guarra! —retumbó en el ambiente como una explosión cuyo eco se prolonga.

No me arrepiento de haber soltado aquella frase brutal y acusatoria. Pero la frase ha traído cola.

Sin duda, empujada por su madre, la niña me denunció ante el Protector de Menores. Nunca pensé vérmelas ante uno de esos tribunales acusado de maltrato psicológico a mi propia hija. Resulta cuando menos, paradójico. Me pregunto cuándo van a promover la figura del protector del padre frente a hijos indómitos y, la más necesaria, la del protector de ex maridos frente a ex esposas pérfidas.

La justicia es lenta pero insegura. Temí que de aquel encuentro pudiera derivarse una separación definitiva de mi hija, que Olga me repudiase y eso me arrastrara de nuevo a la soledad posterior al divorcio, porque tras la escena del moco, Nines se alejó para siempre de mi vida. No se lo afeo, me parece lógico. Nadie en su sano juicio entra a vivir en un avispero.

El Protector de Menores, o mejor, uno de sus asistentes, que actuaba como juez conciliador, no convocó una mañana para mantener un careo. Era un hombre de mediana edad, algo fofo de carne como corresponde a alguien con buen apetito y una vida sedentaria, y con esa expresión neutra propia del que está acostumbrado a escuchar tragedias sin inmutarse. Olga fue acompañada por su madre. Nos sentó a los tres ante su mesa en una escena que me recordaba a otra semejante, con la niña también, cuando el divorcio. Pero ahora Olga era la protagonista.

—Quiero que me hagan un relato minucioso de los hechos —dijo el juez.

—Pues verá, por lo que me ha contado la niña... —se precipitó enseguida la madre.

—Un momento, señora, —se adelantó el juez— ¿cuántos años tiene la niña?

—Catorce.

—En ese caso, que sea ella la que hable, que ya es mayorcita.

No pretendo juzgar a los jueces, pero aquel corte dado a la madre de mi hija sería el único acierto que yo pondría en su haber.

Olga puede ser desazonante, inestable y rebelde, pero carece del fondo perverso de su madre, así que le dijo al juez que yo la había insultado, sí, que la había llamado guarra, más que guarra. Pero luego se quedó sin argumentos.

Entonces el juez me pidió explicaciones. Y se las di; procuré no excitarme, exponer los hechos desapasionadamente, con la mayor objetividad posible, describir cada escena sin herir los sentimientos de Olga pero, al mismo tiempo, tratando de justificar esa reacción incontrolada.

La justicia es lenta, pero desconcertante.

—Verán —tomó el juez la palabra tras escucharme con una mezcla de mansedumbre y severidad— soy turolense. No sé si saben ustedes que en mi provincia se curan los mejores jamones del mundo. No exagero; es consecuencia del frío, los fríos polares del Bajo Aragón. Bueno y de la experiencia secular; allí el marrano es objeto de veneración como si de un ídolo se tratase. Chacinas curadas al tempero, chorizos, lomos embuchados, lenguas encebolladas, solomillos con una pátina de pimentón de la enseña de Teruel, el orgullo de mi tierra, se resume en una vieja leyenda de amantes apasionados. En algunas torres mudéjares de hermosísima traza, la estatua minúscula de un toro aupado sobre una columna y el marrano curado al tempero, y con el marrano, su madre, la marrana, que goza de una consideración de reina. A cada cual lo suyo. ¿Por qué no? La gente de mi tierra rinde homenaje

marrano y a la marrana cada día en los bares, en los restaurantes, en las casas, en las peñas de amigos. Los turolenses nos juntamos en torno a un bocado de marrano para aliviar los problemas del mundo para mitigar penas, para estrechar amistades... hacemos del marrano plato de seducción, moneda de soborno, de modo que a quien se le llama marrano se le hace un elogio porque consideramos que nada derivado de un animal tan noble y provechoso, incluido su nombre, puede resultar ofensivo. Yo mismo soy miembro de la cofradía de los adoradores de la bellota y sus derivados, entre ellos el marrano, y aseguro que cada año, por Navidad, entregamos el título de “Marrano Mayor” o de “Gran Marrana” al cofrade o la cofrade que más se haya destacado en la defensa de dicho animal. En su defensa o en su crítica y disfrute, que viene a ser lo mismo. Con todo esto, y a la vista de los hechos que estamos analizando, ustedes me permitirán que se lo diga: me parece que el caso que me plantean deriva de un malentendido, porque yo no advierto en su hija ningún atributo o virtud propia de una marrana, un bicho dócil y generoso, que se inmola para regalo del paladar del hombre. Sí advierto en usted, en cambio, un uso inadecuado en la lengua por lo que —me clavó los ojos como si estuviera frente a un embaucador profesional— le sugeriría que, en el futuro, ante actitudes de engallamiento, altanería, intemperancia o provocación deliberada, busque para su hija epítetos que se adecuen mejor a su proceder, tal como insolente o desvergonzada, ¡pero nunca marrana, por Dios! ¡Ni guarra, ni cochino! Ofende usted a la primera acepción del diccionario. Hay que extremar el cuidado en el uso de la lengua. Por ahí comienzan muchos conflictos. Esta es una recomendación, un consejo que le hago para evitar más consecuencias, por tratarse de la primera vez, de modo que queda usted advertido. Pueden retirarse.

Entonces, la madre de mi hija, insatisfecha por el desarrollo del careo, preguntó:

—Pero sigue la niña obligada a pasar uno de cada dos fines de semana con un padre que la maltrata verbalmente.

—Por supuesto —asintió el juez— La convivencia requiere ciertos sacrificios. Y otra recomendación —dijo mirándome—: para superar esas pequeñas rabietas de su hija, esas destemplanzas que desembocan en la crispación, le sugiero que algún fin de semana realice un viaje con ella a Teruel; ¡llevará una agradable sorpresa; paseen la ciudad; es una de las capitales de provincia más pequeñas de España, una ciudad con mucho encanto que invita a la conversación sosegada, al callejeo; visiten sus museos, entren en sus tabernas, déjense empapar por el ambiente y después siéntense un plato de cualquiera de los derivados del marrano y verá cómo su hija experimenta un cambio de actitud sustancial. Ingerir productos de cerdo turolense hace a la gente más animada, más tolerante y más comprensiva. La experiencia les va a venir bien a los dos. Si viajan con tiempo suficiente le recomiendo una visita a Albarracín, uno de los pueblos más hermosos de España. No es pasión patrioterica, créame. Lo dejó escrito Azorín, que era levantino. La buena arquitectura eleva el espíritu y ayuda a desvanecer las dudas y sombras en cualquier relación paterno filial. Y si encima la combina con chacinas o jamón de Teruel, el binomio se refuerza. Estoy seguro de que me agradecerán estos consejos. Y ahora —dijo el juez como si quisiera poner fin a la sentencia— pueden marcharse.

La verdad es que mis relaciones con Olga no quedaban alteradas para disgusto de su madre que, una vez más, con sus añagazas, pretendía apartarla de mí. En ese sentido podía sentirme satisfecho. Pero no lo estaba; un malestar me corroía el pecho. Salí indignado del despacho. Creo que no es para menos. Qué me importaba a mí Teruel en un momento tan trascendente. Me parece una vergüenza. es que nunca pensé que los jueces, en España, ejercieran también de manera larvada como promotores turísticos.

Que Beethoven me perdone

Nosotros, los de Valdepinos, no somos ya ni sombra de lo que fuimos. La decadencia de la historia. Pero el que tuvo, retuvo. Y algo nos queda de aquellas glorias pasadas, aunque ahora todo se encuentra en un estado lamentable. Dos palacios, un castillo y dos iglesias, la más pequeña, según dicen, vale un potosí. Yo no entiendo de arte ni de historia; lo mío es el volante. Paso cada día más de diez horas al volante de un autocar. Ese soy yo: el conductor de un autocar que sabe hacer su trabajo. Ni más ni menos. Y también un enamorado de mi pueblo, pero sin despreciar a los demás, porque en todas partes hay iglesias, palacios y castillos extraordinarios. Si lo sabré yo que viajo por medio mundo y a veces la vírgena, me quedo boquiabierto.

El caso es que la iglesia pequeña, la que vale un potosí, estaba ruïnosa, cerrada al culto desde hace años y el ayuntamiento pedía ayuda al gobierno autónomo que siempre la negaba porque decía que se trataba de lo del mérito indiscutible, pero que iglesias como ésa, o parecidas, existían a porrillo y que había que ponerse a la cola. Cosa de política. Porque cuando estaba el partido socialista en el gobierno autónomo, el ayuntamiento era del partido popular y cuando gobernó el partido popular, nosotros teníamos al partido socialista. Política de paso cambiado. Por eso Manolo dijo: yo me presenté independiente y en cuanto sepamos quién ha ganado me afilio al partido a ver si nos arreglan la iglesia antes de que se desplome. Manolo es tabernero y sabe lo suyo. Por eso hace dos años nos anunció que empezaban las obras, por fin. Mejor tarde que nunca.

Una cuadrilla de seis o siete albañiles se ha pasado más de un año trabajando y, al final, la iglesia vieja ha quedado más elegante que una novia. Y nosotros, los de Valdepinos, así de anchos, nos cabíamos en la plaza de orgullo. Es natural. El que tuvo, retuvo.

El caso es que a Manolo, el alcalde, le gusta hacer las cosas a lo grande. Y pensó en una inauguración sonada. Como las arcas del ayuntamiento están escurridas, se puso pedigüeño. Otra vez al gobierno autónomo que para eso es ahora del partido. Les anunció que por la parte eclesiástica vendría el obispo con su mitra a echar las bendiciones y que ellos no cumplirían con menos enviando al mismísimo señor consejero o, llegado el caso, al propio presidente que nunca había pisado el pueblo y que ya era hora, pero, sobre todo, que no se olvidaran de enviar una buena banda de música para alegrar el festejo, que del agasajo con el vino, los refrescos y los bollos correría por cuenta del ayuntamiento. Pues dicho y hecho. Y aquí es donde yo me incorporo a la historia. Porque Manolo me llamó por teléfono para decirme: “oye, Benito, reserva el sábado por la tarde. Tendrás que ir a Madrid, al aeropuerto”. Para entonces yo ya sabía que de banda de música nada, que el asunto se había disparado y que iba a venir una orquesta filarmónica francesa. Nada menos. Cuarenta tipos de esos que visten todo lujo, con esmókin y pajarita, la vírgena. El gobierno autónomo enviaba a Francia su orquesta a dar cuatro o cinco conciertos y Francia, a cambio, nos enviaba la suya. El primer concierto, cosa de suerte, en Valdepinos.

“Hay que aprovechar las coyunturas favorables”, me comentó el alcalde, como quitándole importancia, cuando le dije: “jodo, Manolo, qué alto picas”.

El caso es que, el sábado por la mañana, se presentó en casa Manolín, el hijo de Manolo, para anunciarme que vendría conmigo para dar la bienvenida a la orquesta. Mejor, pensé, así voy acompañado y me evito andar con trajines y con idiomas. Soy muy torpe con los idiomas, aunque chapurreo algo el francés. Además, yo soy un conductor y no tengo porqué dar parabienes a nadie. Para eso están los políticos.

Hacia las doce nos pusimos en marcha. Ya lo creo que es majo el chico de Manolo. Se me pasó el viaje en un periquete charlando con él. Sabe estar y sabe congeniar con la gente. Si no fuera porque la mayoría de los chicos que estudian acaban trabajando en Madrid, en Barcelona o en Bilbao, si no fue

por eso, le vaticinaría como sustituto de su padre. ¡Qué don de gentes tiene el chaval!
El caso es que nos presentamos en Barajas y, tras media hora larga de espera, hacia las tres, llegan por fin los señores músicos filarmónicos. Se les reconocía de lejos entre el resto de los pasajeros. Y no porque vistieran de tiros largos, con esmokin y pajarita, que va, todos en plan informal, pero cada uno con el estuche del instrumento debajo del brazo: violines, trombones, flautas, trompetas... la vírgen cuánto revuelo. Más de cuarenta. Pero Manolín templando gaitas, nunca mejor dicho. Amable y sonriendo: “bienvenidos a España. Me llamo Manuel y soy el hijo del alcalde de Valdepinos, el pueblo donde actúan esta tarde”. Y hablando en francés sin titubeos. ¡Para que digan luego de la juventud! “¡Están listos pueden seguirme hasta el autocar.”

Yo estaba con él, pero en segundo lugar, en plan discreto, dispuesto, si se precisaba, a echar una mano a alguien. Y en ese momento se nos acerca uno más peripuesto, con pinta de mandamás, un tipo altanero y frío que le pregunta a Manolín que dónde está el coche que le ha de llevar a él.

—Ahí, fuera —titubea Manolín— lo tenemos en el aparcamiento. Este señor —y me señala—, es el conductor. Se llama Benito.

Y yo sonriendo como un panfibóvilis y diciendo: —Encantado, señor.

Pero el tipo sin alterar la mueca, despreciativo y sin dirigirme una mirada, como si fuera el mismísimo ministro de la Santa Importancia.

—Yo soy el director de la orquesta y no viajo en autocar. Ya lo anuncié. Dije que me pusieran un coche privado o un taxi.

Lo dice en un francés altanero, como si fuera profesor de academia y estuviera deletreando después de tragarse un uso. ¡Caso en Dios! Veo que Manolín se pone blanco. —A mi padre no le habían dicho nada y yo no dispongo de

fondos para pagar un taxi —suelta el chico a la defensiva, resistiéndose a los caprichos de los gambumbas

Pero el tipo tieso, como una farola, que de allí no se mueve, que si no hay taxi tampoco habra concierto. La madre que lo parió, con todo el pueblo alborotado y presumiendo ante la gente de la comarca de orquesta filarmónica francesa. Con lo bien que nos habría venido una simple banda de seis o siete músicos para alegrar la calle y echar cuatro cohetes y cuatro bailes frente a la iglesia restaurada y no todo un regimiento de gabachos al mando de un carnero inflado como aquel.

A todo esto, los músicos con cara de circunstancias, como si ya estuvieran acostumbrados a los desplantes del lechugino. Así que Manolín dice que tiene que llamar por teléfono y se acerca a una cabina. Lo observamos como si fuera un actor de cine en pleno rodaje, todos los ojos clavados en él, atravesando en medio de la turbamulta de gente que llena las salas del aeropuerto. Viene poco después más agrio que la vinagre diciendo que su padre no está ni en casa ni en el ayuntamiento; a ver, lógico, con el jaleo de los preparativos, que no le encuentran, pero que en vista de cómo se pone una cosa que coja un taxi el señor director de la orquesta filarmónica francesa. Lo pagará el ayuntamiento confiando que luego se lo abone el gobierno autónomo.

—La madre que lo parió —me susurra Manolín cuando vamos arrastrando a la orquesta hacia el autocar—, dice mi madre que si es que el señor no tiene culo como cada quisque, que de qué pasta es el hecho.

Así que, con tanto contratiempo y tanta calorina, hago el viaje de regreso al pueblo con el estómago revuelto. Y eso que sólo hemos tomado una cerveza y un triángulo de tortilla. Menos mal que los músicos parecen gente pacífica. ¡Qué culpa tienen ellos! Músicos y músicas, que vienen promediados. Habían comido en el avión un piscolabis y ahora, con el aire acondicionado, se quedan sorneando como benditos. Qué bien que duerman. Pero Manolín y yo vamos descompuestos pensando en un importantísimo caballero del alto sombrero, más irritante que un retortijón de tripas. Tipos así amargos con la existencia. Si yo trabajara al lado de un alipende como el franchute tendría la úlcera más crecida

que la rueda del autocar. La madre que lo parió. Sólo de pensarlo siento compasión por la orquesta. Llegamos al pueblo hacia las cinco. Aparco el autocar en la plaza y veo que, frente a la iglesia, hay un desparrame muy grande de sillas y que, frente al atrio, han levantado un pequeño estrado para la orquesta. Lo propio es que hubieran dado el concierto dentro de la iglesia, pero siendo tan pequeño había que elegir: o los músicos o el público. Así que Manolo, con buen criterio, optó por la plaza para que estuviéramos juntos público y orquesta. Aparco el autocar en un extremo de la plaza para que tengan los instrumentos y la ropa a mano. Manolín me dijo que se cambiarían en el ayuntamiento. Mientras los músicos se desperezan y salen a estirar la piernas, veo al lechugino hablando con Manolo. Me da mala espina. Pero, la vírgena, qué le estará diciendo. Se acerca luego Manolín y percibo que le se vuelve a agriar la cara mientras el otro, como un general mandón, indica con el brazo altanero sin que se le tuerza el gesto despectivo. A todo esto, yo en el autocar, carcomido por dentro imaginando, caso en Dios, qué les estará diciendo. Y pensando también en que hay dos tipos de malhechores: los que te asaltan por los caminos, aquí te pillo, aquí te mato, suelta la pasta o descerrajo un tiro y los tipos inquisos, malsinos y suavones que, sin alterar la mueca, te restriegan las tripas con un manojo de ortigas. Prefiero a los primeros. Así que, en cuanto el autocar se queda libre, me acerco a curiosear y le pregunto a Manolín que qué pasa, que qué les ha dicho el franchute. ¿Que qué nos ha dicho el franchute?, me dice Manolín, que él no toca para cerdos, eso nos ha dicho que no quiere que se oiga un ruido, ni un sólo ruido, ni el vuelo de una mosca, que las sillas estén bien calzadas, que no se abran ni se cierren puertas, que no haya jaleo en los bares, ni llantos de niños, ruidos de coches, que cuando comience el concierto cerremos la plaza, no sólo a los coches, también a las personas. Todo eso ha dicho el franchute; vamos a acabar de él hasta la coronilla.

Me voy a dar una vuelta a casa pensando en los humos de Cheykosky y Stravinsky y Rasmaninof y Mozart y Brahms y Beethoven y toda esa gente malhumorada que, de cuando en cuando, ponen en el radio. El Franchutosky éste no sé si habrá heredado el genio, pero tiene más humos que una chimenea de altos hornos. La madre que lo parió.

Camino de casa me encuentro con mi cuñado Germán que tiene una nave de cerdos. Estaría bueno que los sacara de la cochiguera y los trajera en manada para escuchar el concierto; mil cerdos sentados frente a la batuta del insigne gabacho. Eso es lo que pienso, pero me lo callo.

El caso es que, al llegar a casa, mi mujer me pregunta: —¿Qué te pasa?

—Nada ¿qué me va a pasar? —respondo enfurruñado. —Parece que traes mala cara.

Pero, la vírgena, pienso, también a mí me ha contagiado este camándulas los malos humos.

Y es entonces cuando concibo el plan: así que no quieres tocar para cerdos, pues lo vas a hacer, como me llamo Benito, que vas a tocar para ellos. Y aprovechando que Germán anda por el pueblo, saco un coche pequeño y me acerco a la nave; los perros me conocen; cargo con dos gorrinetes como de diez y doce kilos, los meto en un saco y regreso a casa. Todo esto sin que nadie lo sepa. Luego me voy a la plaza por si los músicos de la orquesta me necesitan y quedo a su disposición. Y así se va pasando el tiempo, con trajines, preparativos y nervios fuera de lo corriente, hasta que comienzan a estallar los cohetes, llegan las autoridades, el señor obispo y el señor consejero con sus abultadas comitivas, trajines y más trajines y corbatas y más corbatas y sotanas y alzacuellos y Manolo risueño al frente de todo elegante, sí señor, pero sin traje ni corbata, como si cuchicheara a la oreja de cada vecino, a ver despachamos pronto el protocolo, tantos boatos y pamemas para inaugurar una iglesia que casi dejan hundir y ahora aquí están todos al corte de la cinta. Qué le vamos a hacer. Vosotros aguantad que en la vida hay tragos peores, si lo sabré yo que soy tabernero.

Vienen luego los discursos, las palabritas, los parabienes. Jabón y más jabón, zalamerías y más zalamerías. Corte de cinta y entrada a la iglesia. Ha quedado más sandunguera que una novia. La niña de los ojos de nuestro pueblo. Todos a mirarnos en ella. Lástima que sea tan pequeña. Claro que de a

la viene el mérito. Salen los cuarenta músicos y toman posesión de sus instrumentos. La vírgen ~~catorce violines, seis violas, cuatro chelos, dos bajos, trombas, flautas traveseras, trombones, tubas,~~ repanocha. Y al poco sale el orgulloso despreciativo y mira a la gente con ese desdén del que se cree por encima de todos, inclina la cabeza y se escucha una ovación clamorosa. Caso en Dios, me rebelo no le aplaudáis, si no ha hecho nada, mearnos a todos, eso es lo único que ha hecho. Pero la gente buena y Franchustosky se inclina complacido a recibir los aplausos. Eso sí le gusta, le encanta el ruido de los aplausos. Y luego silencio. El silencio es absoluto. Manolo se lo ha pedido a la gente, por un tarde guardad la compostura, no vayamos a tenerla, que se nos viene todo el tinglado encima. Y la gente, chitón, como en la misa, escuchando la música como el que oye hablar en latín, respetando a un tipo que nos ha meado a todos encima. Después de la segunda pieza me voy para mi casa. Las calles están vacías. Cargo con el saco de los cochinos al hombro. Parecen asustados, como si fueran de un matadero. Escucho las notas de los cuarenta músicos que resuenan nítidas e impecables como una soledad estremeciendo el ambiente encalmado del crepúsculo que sólo quiebran los chirridos de los vencejos revoloteando alrededor de la torre de la iglesia mayor, amortiguados por la lejanía. Esta es la mía, me digo. Y asciendo con parsimonia las escaleras del campanario de la iglesia que dan a la calle. Nadie me ve porque quedan en la parte contraria. Sé que a la altura del caballete hay un ventano. Por la parte que mira hacia el atrio abandono los lechones y bajo las escaleras a toda velocidad, como un ladrón de bancos. Luego, con discreción, doy la vuelta a la iglesia, me mezclo entre la gente y observo. Al principio, vaya público más pasmarote, pienso, porque no se enteran, pero enseguida se percata. Primero uno que se lo dice al de al lado. Luego se forma un corrillo y comienzan los cuchicheos. Más cuchicheos y risas sofrenadas. Los marranillos avanzan con precaución por medio del tejado como si fueran sensibles al vértigo de altura, se adueñan de todos los ojos y para entonces, que Beethoven me perdone, Franchutosky tiene la batalla perdida porque los brazos estirados que señalan y el runruneo de voces y risas sofocadas es más poderoso y atrayente que las notas; y hasta los señores músicos parecen desconcertados y se preguntan qué es lo que pasa aquí, porque ellos carecen de perspectivas y no pueden ver a los cochinos. Y cuando Franchutosky ya no aguanta más, vuelve a la cabeza y descubre el despendole de la gente, muestra un gesto agrio y colérico como el de un niño caprichoso al que se le ha negado un juguete. Y, como era de esperar, qué alivio, da el concierto por acabado y exige que le busquen un taxi. Y Manolo le pregunta que si no piensa quedarse al agasajo. Él, que cómo se atreve, que ni un minuto más en este pueblo de gente zafia e insensible que le humilla y al humillarle a él, humilla la música, un taxi que le aleje de aquí y le lleve al hotel de la capital. Pero no se preocupe, no sabe cómo lo siento, dice Manolo falsamente compungido, ahora mismo viene Falín, el taxista. Veo luego que un mozo se desliza con precaución por el tejado de la iglesia y trata de alcanzar a los dos cochinos ante la mirada atenta de la gente. Y todos le miramos porque no es tarea fácil. Menuda ocurrencia, dice uno, recién arreglada la iglesia, se va a llenar de goteras. Y, entre tanto, comienzan a correr los vasos de vino, los refrescos y las bandejas de bollos. Y los músicos, que se han quedado con ganas, se reparten en grupos de cuatro o cinco, en plan informal, mezclados entre la gente como si improvisaran y comienza a reinar Beethoven otra vez y luego tangos y polkas y pasodobles y vasos de vino, pero ahora sin boatos, como si también Beethoven estuviera invitado a la fiesta y fuera uno más de la cuadrilla tarareando sus propias melodías.

Y por la noche, cuando todo ha pasado y regreso a Valdepinos, después de dejar a los músicos en el hotel de la capital, pienso con orgullo en mi pueblo, no tanto en sus dos palacios, en su castillo o en sus dos iglesias, sobre todo la pequeña, la que vale un potosí; pienso, qué carajo, en mis paisanos, en la gente de a pie, y estoy convencido de que, aunque hayamos perdido mucho en el correr de los siglos, algo nos queda todavía del genio antiguo, de la vieja gloria, que no en balde se dice, y debe ser cierto, que el que tuvo, retuvo.

Los puentes afectivos

Balbi y yo nos casamos hace veinte años. El tiempo pasa volando. Las parejas que se casan ahora viajan de luna de miel al Caribe, a Nueva York o a Madagascar, como si persiguieran iniciar una colección de lugares remotos. Nosotros nos decidimos por Mallorca.

Aquella fue la primera vez que subí en un avión. Recuerdo que más que temblarme las piernas, sentí un leve punzonazo en el estómago que me obligó a usar el servicio. Se me ablandó el vientre, vaya.

Elegimos Mallorca para aprovechar una oferta de la agencia de viajes. Promocionaban un hotel recién inaugurado en la primera línea de la playa. Primera línea de playa sí, pero la publicidad no decía que

el hotel se encontraba a siete kilómetros de Palma. El autobús más cercano pasaba a dos kilómetros.

De modo que cada vez que salíamos, taxi va y taxi viene. Porque a mí me aburren las playas solitarias.

En resumen, un dineral en taxis. Así que nos asociamos a otra pareja de incautos que, como nosotros,

eligieron Mallorca para aprovecharse de la oferta del hotel. También eran recién casados. Lo que me

me extrañó es que vinieran desde Canarias. Hay que tener ganas, salir de una isla para encerrarse en

otra, como si todas las islas no fueran, en esencia, la misma. Desde aquella mañana, siempre que

salíamos a Palma compartimos el taxi. Si ellos pagaban el de ida, nosotros el de vuelta. O al revés.

Durante tres días alquilamos un coche para recorrer la isla. Eran melosos y afables. Un poco lentos,

quizá, como dicen que son los canarios. Lo cierto es que, desde entonces no hemos perdido el contacto

con ellos, aunque se haya limitado a la consabida felicitación que intercambiábamos cada año por

Navidad. La última suya tenía trazas de ultimatum.

“Han pasado veinte años. Las amistades se renuevan o se mueren. Y no hay otra forma de renovarlas

que volviéndose a ver. ¿Cuándo se animan?”

Al llegar del trabajo, Balbi me extendió la felicitación y me dijo: —Mira lo que dicen, que han pasado

veinte años y que las amistades se renuevan o se mueren. Creo que llevan razón. Ya no nos vale

la disculpa de que los niños son pequeños. Deberíamos animarnos para la próxima Semana Santa.

Además de la isla, conoceríamos la finca que se han comprado al lado de la playa y disfrutaríamos

de un buen tiempo mientras que aquí se mueren de frío.

Balbi es como un martillo pilón. Si se empeña en algo no cesa hasta conseguirlo.

Yo pensaba: ¿qué se nos ha perdido a nosotros en Canarias? Casi de pensar en las tres horas de avión

me pongo a temblar. Además, también nosotros les hemos ofrecido nuestra casa. La misma distancia

hay de nuestra casa a la suya, que de la suya a la nuestra. Desde aquí les podemos acompañar un fin de

semana a Madrid o a Toledo. Y durante los días laborables ahí tienen nuestro coche para hacer

excursiones por donde les apetezca: Ávila, Salamanca, El Escorial... De corazón.

—Bueno, ¿qué dices? —me preguntó Balbi cuando dejé la felicitación sobre la mesa.

—¿Que qué digo de qué?

—¿De qué va a ser?, ¡del viaje a Canarias! Habrá que responderles.

—¿Qué se nos ha perdido a nosotros allí? Dime, ¿qué se nos ha perdido?

—Qué comodón eres, Laurentino.

Más que un simple reproche, aquello sonaba a una acusación.

No volvimos a remover el asunto. Incluso pensé que se le habría olvidado. Sólo por la noche, en

cama, cuando me retiró el brazo que le había echado por encima, supe que la herida seguía

curando. Así que me di la vuelta y traté de dormir. Entonces volvió a la carga con resentimiento:

—Eres un comodón, Laurentino.

Uno puede soportar dos o tres o cuatro días conviviendo como si no pasara nada, con esa naturalidad

calculada que convierte cada diálogo trivial en una mera representación delante de los hijos, por

dejarlos atrás del buen día, pásame la sal o cómo sopla el viento, digo que detrás de esas frases se levantan

una pared espesísima y opaca que impide dialogar con un mínimo de sentido y profundidad. De modo que, a la semana de incomunicación, a la semana de llevar grabado en la frente, como una amenaza, mapa de Canarias, una noche, en la cama, después de apagar la luz, susurré a sus espaldas:

—Está bien, Balbi, me rindo, iremos a Canarias.

Entonces se dio la vuelta espoleada.

—¿Cómo que te rindes? —me preguntó desafiante. ¿Es que tomas el viaje a Canarias como un asunto de vencedores y vencidos?

—Me lo tomo con desgana. Tú sabes que tiendo a ser sedentario. ¿O no tengo derecho?

—Entonces no vamos. Para ir con desgana es mejor no salir de casa. En los viajes hay que poner ilusión. Así que nos quedamos en casa y en paz.

Podía haber dicho: muy bien, estupendo, tú lo has dicho, nos quedamos; darme la vuelta y tratar de conciliar el sueño. Pero las cosas son más complicadas. Quien se casó lo sabe.

—No digas bobadas. Si te digo que vamos, es que vamos; a ver si ahora vas a empezar a recular tú.

—No tenemos porqué ir.

—Tampoco tenemos porqué no ir. Hemos recibido una invitación y la aceptamos. Sólo te pido que encargues tú de reservar los billetes y de llamar a los canarios para anunciárselo.

—Ya verás qué buen tiempo —dijo triunfal—. Allí siempre es verano. La influencia del trópico. Imagínate que Segovia estuviera bajo la influencia del trópico. Sería maravillosa; con un clima más cálido, Segovia sería la ciudad más maravillosa del mundo. ¿A que sí, Lauren?

Ya era otra. Le había entrado parlera. El hecho de imaginarse a sí misma en el avión, camino de Canarias, la transformaba.

A mí, en cambio, más agotadores que los viajes, me resultan los preparativos. Qué tedio me provoca. A veces, en el trabajo, me veo obligado a viajar. Me entero de un día para otro. No me desagradan esas salidas sorpresivas porque rompen con la rutina. Pero los preparativos de un viaje con dos o tres meses de antelación, lo convierten en detestable. Hay quien lee toneladas de documentación sobre el lugar de destino. Balbi es una de ellas. Quizá por eso aborrezco los viajes familiares.

—Pero tú te encargas de todo —le recalqué.

—¿Qué quieres decir?

—Que los billetes, los preparativos, las llamadas a los canarios anunciándoles nuestra llegada, las maletas, los regalos... todo eso es cosa tuya. Eso quiero decir, que me liberes y que no le demos muchas vueltas al viaje a Canarias. Cuando llegue la víspera, me avisas: que mañana salimos. Y ya está.

—Laurentino, eres un comodón —me reprochó al tiempo que sentí su brazo sobre mi cuerpo, tras una semana de aislamiento.

Mi propuesta para que Canarias no volviera a salpicar la conversación resultó un fracaso. Raro ha sido el día que nos hemos desayunado, comido y cenado con Canarias en la mesa. Balbi es incorregible. Ahora mismo está en la playa. Desde la finca de nuestros amigos donde escribo sobre la experiencia de este viaje, la veo pasearse con su bañador blanco. De cuando en cuando me saluda con el brazo y yo le respondo sentado bajo la sombra de un árbol rarísimo y achaparrado que no sé ni cómo se llama. Estamos en un lugar perdido de Gran Canaria, a ventitantos kilómetros de Las Palmas donde nuestros amigos tienen un comercio.

—Estas arenas son oro molido —nos dijo ella muy orgullosa. Señalaba la arena de la playa—, mejor que el oro molido, porque el oro se gasta y se agota y estas arenas atraen a miles, a millones de turistas que las disfrutan y no se agotan jamás.

Están siendo muy solícitos con nosotros, pese a que llegamos con las manos vacías.

Tres días antes de partir, durante la cena, Balbi me preguntó:

—¿Has pensado en el regalo?

Negué con la cabeza.

—Ya podrías echarme una mano, Lauren; el viaje está recayendo sobre mis espaldas y me siento desbordada.

—Compra algo que te guste y en paz.

—Algo que te guste, algo que te guste —repitió en tono de protesta.

—¿Por qué les das tantas vueltas a las cosas? Te atormentas tú sola.

—Porque el regalo es muy importante; a través del regalo se expresa el grado de afecto.

—Pues compra un buen regalo. Tú tienes mucho gusto. —No me tomes el pelo, por favor.

—Balbi, no empecemos.

—¿Qué te parece unas botellas de vino? —propuse— Los tenemos muy buenos en la región. Es un producto de la tierra, una manera de tender puentes afectivos entre dos regiones distantes. Balbi contrajo el gesto.

—Los hombres siempre pensáis en beber.

—Pues unos pendientes de oro.

—Para ella, pero, en ese caso, él se queda en ayunas.

—Pues ya me dirás —dije incapaz de nuevas ocurrencias.

—Me gusta lo de tender puentes afectivos a través de los productos de la tierra. Pero el producto más representativo de Segovia es el cochinito.

—¿No querrás que llevemos un cochinito asado en el avión? —pregunté escandalizado.

—No, asado no; mejor vivo. Tú sabes la buena maña que tengo para asar cochinitos. ¿Te lo imaginas doradito y crujiente presidiendo una mesa canaria?

—Por favor, Balbi, no delires.

—No estoy delirando. Es más, ya lo tengo decidido. Tú mismo me has dicho: compra algo que te guste y en paz. Pues un cochinito, eso es lo que me gusta. Voy a demostrar mis buenas mañas de asadora.

—No te precipites. ¿Cómo vas a comprar un cochinito? ¿Dónde lo llevamos?

—En una jaula, como si fuese un perro. Cada día viajan miles de perros al lado del amo de un país u otro. ¿Por qué no va a hacerlo un cochinito?

—Porque no —alcé la voz, dándome por vencido.

Es imposible encontrar argumentos frente a sus desatinos.

—Pues ese va a ser el regalo. Yo me encargo mañana de comprar una jaula. Tú tienes un amigo Germán ¿no se llama Germán? en un pueblo con una nave de cerdos. Cómpraselo. Es lo único que te pido, que te encargues de comprarlo. Lo demás, déjalo de mi cuenta.

Durante un día tuvimos al cochinito metido en una caja, en un rincón del vestíbulo para espanto del empleado de la compañía de gas que subió a hacer la revisión. Parece mentira que un animal tan pequeño pueda despedir un hedor tan espantoso.

Los chicos protestaron.

—¿No lo podíais sacar a la terraza?

—Con este frío se congelaría.

—Pues encerradlo en vuestra habitación; se está contaminando toda la casa.

—Un día pasa enseguida. Aguantad. Es un capricho de mamá. Mañana podrá tomar el sol en la playa como un turista del norte.

Mientras dormíamos, el cochinito, no me explico cómo, salió de la caja de cartón y recorrió la cocina y el comedor revolviéndolo todo. Sobre la alfombra artesana que compró Balbi en Las Alpujarras estampó su rúbrica nauseabunda.

Por la mañana, cuando vino mi hermano a por nosotros para llevarnos a Barajas, la casa se había convertido en una zahurda pestilente.

—A ver si os marcháis pronto —nos acucieron los chicos—. Durante esta semana dejaremos las ventanas abiertas para que se ventile la casa.

Llevamos ya tres días aquí; los llamamos todas las noches y, pese a los ambientadores, nos aseguramos que el hedor persiste.

En Barajas tuvimos mala suerte. Al embarcar el equipaje, pregunté a la señorita que nos atendió, podíamos llevar al animal con nosotros en el avión.

Recalco lo del animal porque Balbi preparó un forro de tela floreada que cubría toda la jaula, para evitar que se viera. Ella misma barruntó que podría crear problemas.

—De ninguna manera —nos dijo; los perros se embarcan con el equipaje.

—Bien, bien —aceptamos.

Entonces, cuando la mujer ya se disponía a etiquetar la jaula, contrajo el gesto, respiró fuerte y dijo amuscada:

—Qué mal huele este perro.

No pudo sustraerse al impulso de levantar el forro para gritar escandalizada de inmediato:

—¡Pero esto no es un perro!

—No lo parece, es cierto, —traté de apaciguarla—, pero sí que lo es.

—Oiga, no pretenda tomarme el pelo. ¡Esto no es un perro! Si lo sabré yo que soy de Salamanca. Otra cosa no se criará allí, a la sombra de las encinas. ¡Esto es un cochino!

—Lo parece, es cierto —acepté—, parece un cochino perruno o un perro acochinado, pero le aseguro que es un perro.

—Oiga —se envalentonó la señora—, que no me chupo el dedo. Usted ¿qué se cree? Esto es un guarro, no un guarro perruno como usted dice, sino un guarro a secas. No hay más que olerle.

En ese momento, el animal, que había asistido mudo a la disputa sobre su personalidad, lanzó un gurrri gurri que lo delató de manera definitiva.

—Lo siento, pero no lo pueden embarcar, a no ser que tengan una guía de tránsito de animales firmada por un veterinario.

Por más que insistimos, la salmantina de Barajas no se rindió. De modo que tuvimos que desprendernos del cochino. Como mi hermano salió fugado nada más llegar al aeropuerto, se regalamos, dentro de la jaula, al primer taxista que se nos vino a la mano que, encima, nos comentó:

—Bueno, si se trata de hacerles un favor...

Hicimos el vuelo apenados por el percance, con una sensación de fracaso como si nos hubieran separado de un pariente próximo. Porque a los animales, por muy mal que huelan, se les acaba cogiendo cariño.

Luego, al llegar al aeropuerto de Las Palmas, como Balbi es imprevisible, lo primero que les soltó a los canarios fue la triste historia del cochino; a su manera, claro.

—Ha sido una lástima —dijo a modo de colofón—; yo no estaba muy convencida, pero Lauren se encaprichó, quería que os hiciera una demostración de mis artes de asadora.

En fin, aquí estamos, dándole vueltas a estos veinte años de casados, a la sombra de este árbol rechoncho, que ella, perseguida por sus neuras, convertirá en un bosque de coníferas buscando un asentimiento cuando lleguemos a Segovia. El matrimonio tiene ciertas servidumbres. Qué le vamos a hacer.

sample content of Tantas Cochinadas (Narrativas)

- **[download online Selected Poems here](#)**
- [The Rithmatist \(The Rithmatist, Book 1\) pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [download *Miniature Gardens: Design & Create Miniature Fairy Gardens, Dish Gardens, Terrariums and More, Indoors and Out*](#)
- **[download online Famous Robots and Cyborgs: An Encyclopedia of Robots from TV, Film, Literature, Comics, Toys, and More pdf, azw \(kindle\)](#)**
- [The Looking Glass War pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)

- <http://aircon.servicessingaporecompany.com/?lib/Sleep-Well-Again--Fall-Asleep-Quickly--Stay-Asleep-Longer--Wake-Up-Refreshed.pdf>
- <http://hasanetmekci.com/ebooks/Ramage-s-Devil--Lord-Ramage--Book-13-.pdf>
- <http://deltaphenomics.nl/?library/Miniature-Gardens--Design---Create-Miniature-Fairy-Gardens--Dish-Gardens--Terrariums-and-More--Indoors-and-Out>
- <http://metromekanik.com/ebooks/Stable-Groom--The-Saddle-Club--Book-45-.pdf>
- <http://studystategically.com/freebooks/The-Looking-Glass-War.pdf>